

Se refiere, que el oficial de la escolta que le llevaba al destierro, al verle tomar el Breviario, en tono filosófico-liberal, le dijo:—¡Va vd. á cumplir con la suegra! —No, señor, voy á implorar el auxilio de Dios; voy con gusto á cumplir con mi deber. Con tan dulces palabras y con aquella unción propia del carácter sacerdotal, el oficial quedó confuso, y de allí en adelante no tuvo mas que respetos y consideraciones para con el desterrado.

Pasaron los tiempos y llegó aquella época de grandes acontecimientos para México. El ejército mexicano al mando del general Marquez, rechazó el 19 de Diciembre de 1863 á las fuerzas liberales, que en número de 15,000 hombres atacaron á Morelia.

Eran las diez de la mañana, el fuego de artillería arrojaba aún gruesos proyectiles sobre la plaza; pero el último resto del ejército sitiador corría por las lomas de Santiago y Santa María, al verse acribillado á balazos por el 2º de línea al mando del coronel Mendez. En estos momentos en que corría la sangre mexicana por las calles de Morelia, tres sacerdotes recibían los heridos en el Seminario; y como los corredores de abajo quedaron cubiertos con mas de 400 heridos, moribundos los mas, tuvieron los tres ministros que repartirse en distintas direcciones, para administrar los Sacramentos de la Penitencia y Extremaunción; uno de estos celosos ministros, era el Sr. Canónigo Lic. D. José Antonio de la Peña y Navarro, electo ya Obispo de Drusipara; el otro era el Sr. Arcediano que es hoy de Zamora, Lic. D. Bruno Gutierrez; el tercero era un pobre sacerdote . . . No se borrará jamás la memoria de aquel día terrible para Morelia, porque así como fué tan inminente el pe-

ligro de la vida y de los intereses de toda la ciudad; así fué también la buena conducta del ejército sitiado para con los vencidos; pero si brilla el valor de los mexicanos en esta acción de armas, también se distingue el celo y la caridad del Illmo. Sr. Peña.

Como hemos llegado insensiblemente á la época en que Nuestro Illmo. Prelado comenzó á dirigir la Diócesis de Zamora, tendríamos que dar la última mano á nuestro cuadro.

VI.

Al referir los hechos apostólicos del Primer Obispo de Zamora, viene á nosotros inmediatamente el recuerdo precioso de un hombre grande en ciencia y piedad; la respetable sombra, si nos es permitido decirlo así, del Illmo. Sr. Arzobispo de Michoacan, Dr. D. Clemente de Jesus Munguía, nos parece verla cubierta de luz junto á la tumba de nuestro muy amado Pastor; los dos protectores de nuestra nascente Iglesia; los dos héroes cristianos que con sus talentos y virtudes supieron colocar á grande altura el nombre de Zamora; los dos espíritus encendidos en el fuego de la caridad de Jesucristo, que no rehusaron jamás el sacrificarse en las aras sacrosantas del deber, antes que doblar la rodilla y adorar el ídolo execrable de la Reforma; en suma, tenemos delante de nuestros ojos á estos seres queridos, á quienes debemos, despues de Dios, nuestra carrera literaria y eclesiástica.

Con tantas emociones: ¿cómo espresar aquí aquellos acontecimientos que fueron el prelude de nuestras lágrimas y la señal de tantos padecimientos? ¿Qué corazón agradecido no sentirá la inmensa pérdida que Michoacan ha sufrido al ver bajar al sepulcro, primeramente, al sabio y piadoso Sr. Munguía, honra y prez de las letras; y en segundo lugar, al Santo y Apostólico Sr. Peña, modelo de Prelados y Sacerdotes católicos? Muy débiles son nuestras fuerzas para levantar el velo que hoy cubre la grandeza de estos géneos verdaderamente ilustres; pero ya que nos lanzamos sobre un espacio tan profundo, justo es también que lleguemos al objeto principal, que forma la época mas gloriosa del muy Ilustre y Venerable Sr. Peña.

Hemos dejado á nuestros lectores, tal vez lamentando los extravíos de algunos hombres que en la tierra viven, ó para castigar á los culpables, ó para acrisolar las virtudes de los justos. En la vida ejemplar del Sr. Obispo de Zamora, encontraremos á cada paso grandes hechos que edifican, cuando vienen de Su Señoría Ilustrísima; pero también hay otros que indignan, cuando son emanados de un corazón corrompido é immoral.

No olvidaremos los sufrimientos y deshonores que algunos malvados infirieron á nuestro Obispo antes de llegar á su consagración; pues son de gran tamaño. Un enemigo infame, queriendo perder la reputación y buen nombre del Sr. Peña, le falsificó una carta y la colocó entre los papeles de su mesa, hecho esto, se fué como Judas á vender al Maestro; es decir, fingiéndose muy celoso de las instituciones liberales, acusa á su protector de conspirador contra el gobierno; este manda á

sus soldados que circunvalaran la casa del Sr. Peña y que registraran los papeles para ver si había un documento que acreditara los delitos de que era acusado. Todo se hace con un éxito admirable, y se encuentra la carta falsa, que forma el cuerpo del delito; así como los soldados de Egipto encontraron la copa de José oculta en el saco de trigo de la propiedad de Benjamin.

¿Cuál sería la vergüenza y la aflicción del Sr. Peña, al verse cogido en las redes de la araña venenosa que le perdía? ¿Qué sentiría aquel corazón inocente que siempre abrigó la verdad, y que sus sentimientos no fueron otra cosa, sino la expresión de amor hácia sus mismos enemigos? Admira, queridos lectores, la conducta que la Providencia observa en estos actos tan comprometidos; pero luego que se vé el desenlace, se nota que la virtud siempre triunfa del vicio; y que por mas lazos que el malvado arroje á los piés del justo, nunca consigue impunemente su objeto. Aquella maldad quedó deshecha á la vista de la resignación y al mismo tiempo á la fuerza del convencimiento que brotaba de las palabras del Sr. Peña, que prontamente quedó libre de sus enemigos y de aquel infame Judas que lo explotaba.

El Illmo. Sr. Munguía, proscrito, era apedreado por los demagogos de Veracruz; la nave que le conducía, surcaba las aguas del Atlántico, le apartaba del suelo mexicano y le llevaba á la Roma Católica, donde el inmortal Pio IX le recibió en sus brazos y le bendijo consolándole en aquel destierro.

Los demas Prelados de toda la nación me-

xicana con pocas escepciones, al mismo tiempo que asistian á la gran fiesta de la canonizacion de San Felipe de Jesus, Patron de México, meditaban de conformidad el grandioso proyecto del Illmo. Sr. Munguía, el que desarrollado delante de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, era benignamente acogido. Este proyecto consistia en crear nuevos obispados en la República; á fin de que los fieles recibieran mas inmediatamente el cuidado de los Pastores, y fueran socorridas con mas eficacia las necesidades espirituales de todos los pueblos.

Zamora, esta ciudad católica, figuraba en aquel hermoso cuadro en donde las miradas del Pontífice Supremo se fijaban y con su sagrada mano señalaba una porcion excogida de pueblos, cuyas parroquias forman hoy la Diócesis de Zamora.

Una vez conseguido el objeto ansiado tantas veces por el Sr. Arzobispo Munguía, en beneficio de esta ciudad, quizo colmarla de bienes proponiendo al Santo Padre el candidato que habia de regir y gobernar esta Santa Iglesia.

Reunidos los Sres. Obispos y Arzobispos, y presididos por el Sr. Pio IX, acordaron presentar las personas que debieran merecer la alta dignidad del Episcopado.

Llegó el turno á Zamora y hé aquí una cosa verdaderamente providencial, ó mejor diremos, hé aquí al Señor dando lleno á su promesa divina: "El Espíritu Santo ha puesto á los Obispos para regir la Iglesia de Dios."

El Sr. Tesorero de la Santa Iglesia Catedral de Morelia Lic. D. José Antonio de la Peña y Navarro, queda señalado para ser preconizado en el próximo consistorio, Obispo de la nueva Diócesis de Zamora. ¡Bendito sea

Dios! que se dignó conceder á esta Iglesia un Obispo justo y santo, que con sus eminentes virtudes supo evangelizar á los pueblos, y con el tesoro de ciencia y doctrina, apacentó á sus ovejas, mereciendo ser muy respetado y querido de ellas.

Se refiere: que al fijarse S. S. Pio IX en el Sr. Peña para Obispo de esta Diócesis, no faltó una voz que se levantara manifestando las penosas enfermedades que padecia y el temor que infundia de su poca duracion al frente de su grey, á lo que contestó el Santo Padre: "Será uno de los nuevos Obispos que permanezca mas en su Diócesis." Y en verdad que así ha sucedido, pues ya han muerto mas de cuatro Prelados concolegas del Illmo. Sr. Peña.

Preconizado que fué, se le remitió de Roma inmediatamente la carta de estilo para que aceptara el nombramiento que se le conferia. A la sazón, tomaba ejercicios espirituales y dirigia á las Capuchinas de Morelia, cuando una persona de su familia lo encontró bañado en lágrimas al pié de Jesucristo Crucificado y con la carta de Su Santidad Pio IX.

Despues de un largo rato pudo expresar su grande afliccion y comunicar á sus deudos aquel notable acontecimiento. Pasaron algunos dias mas, en que sus ojos derramaban copiosas lágrimas y su espíritu en fervorosa oracion. Tomó por fin su resolucion y renunció la mitra que se le ofrecia.

Mas esta formal renuncia no fué aceptada por Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pio IX; sino antes bien fué confirmado Obispo de Zamora, como lo habia sido de Drusipara *in partibus infidelium* y Auxiliar de Michoacan.

En tanto, los nuevos obispados eran erigidos, sus límites respectivos marcados y sus rentas,

para el sosten del Divino Culto, quedaban designadas en las Letras Apostólicas que, transmitidas á cada Santa Iglesia Catedral, serian para las generaciones futuras los monumentos mas visibles de la solicitud evangélica del inmortal Pontífice Pio IX y de la ardiente caridad del Sapientísimo Arzobispo de Michoacan Dr. D. Clemente de Jesus Munguía.

VII.

Todas las cosas relativas á las nuevas Diócesis se encaminaban felizmente á su objeto; las ciudades y pueblos se daban los parabienes por la acertada eleccion de los Pastores, que por primera vez iban á regir tantos millares de ovejas abandonadas y casi perdidas entre las montañas de climas mortíferos á donde no resonaba la voz del Obispo, hacia mas de una centuria de años.

La hermosa ciudad de Leon se engalanaba como una jóven bellísima en el dia de sus desposorios, para recibir al Varon Ilustre, que lleno de ciencia y de virtud, le daría con su valor, celo, y muy particularmente con su doctrina, unos dias de verdadera grandeza; pues el Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. José María Diez de Sollano, ha merecido por su saber y virtud, el renombre glorioso de ser para su pátria el BORROMEO MEXICANO.

La Heróica Veracruz esperaba la venida de su Pontífice, como el labrador espera la lluvia para recoger ópimos frutos en las ardientes pla-

yas del Pacífico. La Religion Católica, que al poner sus plantas, por decirlo así, en los Médanos de nuestro mar, desplegaba su bandera y daba el nombre de aquel lábaro sacrosanto al puerto, que mas tarde seria la capital de la Diócesis, tiene hoy para aquella costa un incremento colosal que con dificultad insuperable desaparecerá de Jalapa, Orizava, Cordoba y de otros muchos pueblos hermosos, que son los bellos jardines del continente conquistado por Cortés.

Las selvas incultas del Sur, donde habitan nuestros hermanos que han sabido derramar su sangre por la pátria y por la Religion, se cubrian de flores y frutos como en testimonio de reconocimiento hácia el Autor de la Iglesia, porque en Chilapa se levantaba á un humilde cura de almas á la sublime silla del Episcopado.

Querétaro, centro puede decirse de los Obispos antiguos, tambien recibia el influjo y la solicitud paternal de tantos varones eminentes, que á los piés de Su Santidad Pio IX, solo anhelaban la prosperidad y engrandecimiento de la Iglesia mexicana; pero muy pronto esta ciudad vió bajar al sepulcro á su sábio y virtuoso Pastor, que por vez primera estendió el cayado para conducir al rebaño, por las praderas floridas de Aquel Señor que ha dado su sangre y su vida por la salud de las almas.

Zamora, pátria querida de Navarrete, de Gamarra y de otros tantos génios privilegiados, que con sus talentos y virtudes la han ennoblecido y colocado hácia el honroso y eminente puesto que las ciudades católicas ocupan en el mundo civilizado; Zamora, cuna de los Illmos. Sres. Obispos Morales y Labastida, y de los nunca bien ponderados Sres. Presbíteros Silva, Cavadas y Villavicencio; Zamora, en fin, país